

der estas tres palabras del Símbolo, *creo en Dios*. Creer en Dios, dice santo Tomás ¹, no es creer simplemente que hay Dios, no es solamente prestar fe á sus palabras : hasta aquí llegan tambien los mismos demonios, quienes convencidos de la triste prueba de los tormentos que sufren, creen que hay un Dios que los castiga y que los oprimirá eternamente conforme á su palabra. Creer en Dios, es mirarle como nuestro sumo bien, es poner en él toda nuestra confianza, es unirnos á él con todo nuestro corazon, es amarle con la mejor voluntad y servirle con afectos de una verdadera piedad filial. Esta, hijos, es la fe que santifica en la vida, que consuela en la muerte, que corona en la eternidad. Así lo veais vosotros cumplido. Amen.

PLÁTICA III.

EXISTENCIA DE DIOS.

Credere oportet accedentem ad Deum, quia est. (Hebr. xi, 6).

Despues de las reflexiones que os tengo hechas sobre el Símbolo en general, pide el buen orden de doctrina que pase á explicaros distintamente sus artículos, descubriéndoos en cada uno un tesoro inestimable de conocimientos, y haciéndoos observar la multitud de cosas que están escondidas bajo el velo de pocas palabras.

Creo en Dios Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra. Hé aquí el primer artículo del Símbolo apóstolico, el cual en pocas sílabas nos enseña mas verdades que no pudieron descubrir los filósofos mas insignes con todos sus estu-

¹ S. Thom. 2, 2, quæst. 2, art. 2.

dios y afanes ; porque nos enseña la existencia de un Dios, la simplicidad de su naturaleza, la distincion real de las divinas Personas, sus adorables atributos y la creacion de todas las cosas. Materia abundantísima como veis, y que pide ser tratada en diferentes catecismos.

La primera palabra *creo* no mira solamente á este primer artículo, sino que afecta y es comun á todos los demás ; por lo cual debeis suponerla en todos, aunque no se repita al principio de cada uno. Y notad que la tal palabra *creo* no quiere decir aquí *pienso*, *soy de opinion*, *me parece* y otras frases por este estilo ; sino que significa que tenemos por cierto, por verdaderísimo, por infalible cuanto se contiene en estos artículos ; porque Dios, verdad indefectible, lo ha revelado á los Apóstoles, los Apóstoles lo han enseñado á la Iglesia, y la Iglesia nos lo enseña á nosotros. Así que al pronunciar la palabra *creo* expresamos el asentimiento firmísimo que damos á la palabra divina contenida en el Símbolo, creyendo sin hesitacion alguna todas sus verdades aunque arduas, aunque oscuras, aunque repugnantes á nuestros mismos sentidos ; y creyéndoas con absoluta certeza, mas de lo que creemos aquellas mismas cosas que conocemos por evidencia, que vemos con los ojos, que tocamos con las manos.

Presupuesta esta doctrina que era indispensable presuponer, pasemos ya á explicar la primera verdad que profesamos en el Símbolo, la cual nos dará suficiente materia para la instruccion de hoy.

La primera verdad, pues, y que es la base y fundamento de todas las verdades sobrenaturales, es la existencia de Dios expresada en estas palabras del Símbolo, *creo en Dios* ; porque, como dice san Pablo, quien quiera acercarse á Dios, lo

primero que ha de hacer es creer que lo hay : *Credere oportet accedentem ad Deum, quia est*. Esta, digo, es la primera verdad ; porque si no comenzamos por creer la existencia de Dios, ¿ cómo podremos creer las demás verdades, cuya certeza estriba toda sobre la palabra indefectible de Dios que las ha revelado? Por esto el Señor ha tenido sumo cuidado en sentar bien esta base ; por manera que su existencia es la cosa mas clara é incontestable que hay en el mundo ; pues nos la persuaden los oráculos de la fe, nos la demuestra la luz de la razon, y nos la predica la voz de la misma naturaleza.

Sí, hijos, los oráculos de la fe nos persuaden la existencia de un Dios ; porque las divinas Escrituras en cada página nos hablan de él, nos anuncian sus perfecciones, nos declaran su santísima voluntad. Dios mismo nos lo asegura con su propia boca diciéndonos en muchos lugares : *Ego sum Dominus Deus tuus* : Yo soy el Señor vuestro Dios.

Mas aun cuando la fe no nos enseñase esta verdad, ella es por sí misma tan evidente, que para conocerla no se necesita mas que tener lo que se llama sentido comun ó razon natural. Yo no he de hacer mas que abrir los ojos, que contemplar el cielo, que observar la tierra, que examinar las criaturas : ni una sola encuentro entre tantas que no me predique altamente *que hay un Dios*, que no me dé testimonio de esta verdad, que no sea para mí una demostracion. Desde el primer astro que gira en el alto cielo hasta el miserable reptil que se arrastra sobre el polvo, todas claman á una voz : *Ipsa fecit, et non ipsi nos* : Dios es quien nos ha hecho, y nosotras no nos hemos hecho á nosotras mismas. La ave-cilla que canta junto al agua, el corderillo que brinca en el prado, la flor que crece en el campo, el pececillo que ju-

guetea en el rio, todos, todos me dicen con voz muda pero elocuente : *Ipsa fecit nos* : Dios, Dios nos ha hecho.— Muy bestia ha de ser quien no entienda este lenguaje de todas las criaturas.

Mas para cimentaros aun mejor en esta verdad fundamental, seguidme con el pensamiento á lo mas retirado de un espeso bosque. Despues de haber andado un rato por entre breñas y matorrales, héos que de repente nos hallamos á la entrada de un ancho y delicioso prado : en medio de él se levanta un magnífico palacio que por su belleza, magnitud y preciosidad puede competir con el Escorial. Observad cuántos adornos le hermocean por dentro y por fuera. Por defuera se ven estatuas de finísimo mármol, jardines de forma la mas bella, juegos de aguas los mas caprichosos y lindos ; por dentro ¡ oh! admiran aquellas salas lujosamente adornadas, soberbios cortinajes, pinturas insignes, lechos dorados, mesas cubiertas de porcelana, con todo lo demás que pueda descarse en la habitacion de un príncipe. Decidme ahora : ¿ os parece si este palacio puede haber nacido por sí mismo en este bosque al modo que nacen los hongos? ¿ A la simple vista de este edificio tan magníficamente construido y tan sábiamente ordenado, no se levanta naturalmente vuestro pensamiento á admirar la sabiduría del arquitecto que formó el plan y dirigió la obra? ¿ no tendríais por fatuo á quien imaginase que todas estas cosas se habian reunido allí por mera casualidad, sin direccion de nadie?

Pues este es nuestro caso. Al ver esta gran fábrica del universo, el cielo, esa bóveda inmensa toda sembrada y resplandeciente de astros tan admirables por su número, por su hermosura y por su luz ; al ver esas dos grandes lumbreras del firmamento, el sol y la luna, tan reglados en sus movi-

mientos y tan constantes en sus revoluciones ; al ver ese escuadron interminable de estrellas, que recorriendo en varias direcciones los anchos espacios del cielo, nunca chocan entre sí, nunca se impiden el curso, antes todas juntas forman simétricamente un cuadro el mas admirable y bello ; al ver la tierra tan fecunda en toda suerte de producciones, tanta variedad de avecillas que pueblan los aires, de peces que habitan el mar, de flores que adornan los prados, de árboles que cubren los montes... ¡ah! quien no es estúpido é insensato, no puede menos que levantar sus ojos á lo alto, y confesar que hay un Dios que ha dado ser á todas estas cosas, que á todas las preside y gobierna ; un Dios cuya gloria publican los cielos y cuyas admirables obras anuncia el firmamento : *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.*

No vengais, pues, á decirme que Dios no se ve, que no aparece á vuestros ojos materiales. ¿Y qué? ¿hemos de ver á Dios con los ojos del cuerpo para creer que lo hay? Con los ojos se ven las cosas corpóreas ; las espirituales se entienden y no se ven. A mas de que ¿cuántas cosas creéis y sin embargo nunca las habeis visto? ¿Habeis visto jamás esa alma que informa vuestro cuerpo? Con todo bien creéis tenerla. ¿Y por qué? porque aunque invisible en sí misma, se hace bastantemente conocer por sus efectos de hablar, pensar, mover y obrar. Pues si por las obras del cuerpo reconocéis la existencia de vuestra alma, ¿por qué no habeis de reconocer la existencia de Dios por las obras de las cosas creadas? ¡Ah! dice san Pablo, aunque Dios sea por sí mismo invisible, se da tanto á conocer por las obras de sus manos, que es imposible no reconocerlo : *Invisibilia ipsius per ea quæ facta sunt visibilia conspiciuntur.*

¿Pero qué? diréis vosotros aquí : ¿no hay personas en el mundo que, rechazando toda creencia de Dios, niegan redondamente que le haya? Sí que las hay ; y lo afirma claramente la misma Escritura : *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.* Pero estas mismas palabras nos muestran claramente lo absurdo de un tal asentimiento. En primer lugar, la Escritura califica á estas personas con el nombre de insensatas : *Dixit insipiens* ; indicándonos con esto, que este asentimiento es una extravagancia, un delirio, un error, que no puede caber en entendimiento sano. Además la misma Escritura añade, que estos insensatos niegan á Dios en su corazon, *in corde suo* ; y con esto quiere decirnos, que así lo dicen y lo piensan, no por efecto de una íntima conviccion, sino solo porque tal seria su deseo de que no le hubiese.

Porque como estas gentes, de que hablamos, son ordinariamente hombres sin freno, que quisieran vivir á su capricho como bestias, tienen un interés, y les vendria muy bien, que no hubiese un Dios que algun dia les ajuste las cuentas. Viniese un nuevo apóstol á anunciarles un Dios que no se cuidase de nada, que les dejase vivir á su placer, que les permitiese hacer cuanto quisieran ; yo os aseguro que no tendrian la menor dificultad en admitir su existencia. Pero como Dios es necesariamente inspector de todas nuestras acciones ; como es amigo del orden, enemigo del vicio, juez y castigador de los viciosos, héos aquí la grande espina que les atormenta y les punza ; héos aquí lo que en los arrebatos de su mal humor les obliga á desear, y tal vez á decir en el secreto de su corazon insensato : *Non est Deus*, no es verdad que haya Dios.

No señor, creo vais á replicarme, no será solo el temor lo que les obliga á decir que no hay Dios ; sino una viva persuasion de que verdaderamente no le hay ; lo dicen tan cla-

ro, tan alto, y con tanto calor, que no nos dejan duda de que en realidad así lo piensan.— Escuchadme, hijos. ¿Habeis jamás observado á un hombre cobarde obligado á andar solo en oscura noche? ¡Pobrecito! está muriéndose de miedo: en cada esquina le parece ver un asesino que le espera; en cada bullo se figura un fantasma que va á agarrarle. Sin embargo oiréis que grita, canta, gorjea. ¿Por qué? para de este modo distraerse un poco; para dar á entender que no tiene miedo alguno; para hacer del fanfarron y pasar por hombre valiente y bravo. Héos aquí una viva imágen de estas gentes de que venimos hablando. Horripílanse á la sola idea de un Dios justiciero que algun dia ha de tomar venganza de sus pecados. ¿Qué quereis, pues, que hagan? Gritar, y gritar fuerte, *que no hay Dios*, para así distraerse un poco, y desvanecer, si ser puede, este pensamiento importuno que sin cesar les re- fuerce el corazon.

Esto nos hace ver, hijos míos, hasta qué punto de maldad y perversion arrastran al hombre los vicios y el amor á ellos, hasta el punto de querer borrar del corazon el sentimiento natural de la existencia de Dios, de negar aquel Dios de quien han recibido el ser, y que tan amorosamente se lo conserva. Esto tambien nos hace ver, que no hay error tan impío y monstruoso que no se abraza, cuando hay interés en abrazarlo. Porque en realidad solo niega que haya Dios aquel para quien seria expediente y ventajoso que no le hubiese. De lo que debeis inferir, que si no quereis ser ateos, ó á lo menos tentados á serlo, es necesario vivir en buen orden, y tener del freno á ciertas pasiones desnaturalizadoras del hombre. ¿Sabeis de qué pasiones os hablo? Os hablo señaladamente de la impureza: guardaos, hijos, de ella, si quereis conservar pura vuestra fe.

Una vez desterrada la fe de un Dios, ya no hay que esperar otra cosa del hombre sino una depravacion la mas cabal y completa: ya no hay barrera que no salte, ley que no atropelle, maldad á que no se arroje. ¿Y qué freno podrá detenerle cuando haya llegado á persuadirse, que no hay Dios á quien deba temer? ¡Ah! cuando se ha llegado á tal punto, se acabaron todos los medios. El temor de las leyes humanas, los respetos de humana consideracion son débiles, son ineficaces, son nulos; harto lo prueba la historia de tantos delitos atroces que se cometen todos los dias. De lo que es fuerza concluir, que el quitar á Dios de por medio, al paso que es el error mas absurdo y monstruoso, es tambien el mas pernicioso y fatal á las buenas costumbres, al orden público, á la pública seguridad. Por cuyo motivo dijo aquel estadista, *que si no hubiese un Dios, seria menester inventarlo*.

Cimentaos pues bien, hijos míos, en esta verdad fundamental de nuestra Religion: si el impío desconoce á Dios; si el insensato le niega diciendo en su corazon: *non est Deus*; vosotros confesádle, vosotros reconocedle diciendo en el vuestro: *utique, utique est Deus*: sí, sí; hay un Dios que todo lo ha creado, un Dios que todo lo gobierna, un Dios que todo lo observa, un Dios que me castigará si le ofendo, un Dios que me coronará si le sirvo y le amo. Amen.